

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTOS

AÑO IV

MADRID, 12 DE SEPTIEMBRE DE 1909

NÚMERO 89



TODO ENCUENTRA RECOMPENSA

En compañía de varios poderosos señores cazaba Carlos el *Temerario*, duque de Borgoña, en uno de los hermosos bosques del Jura. El entusiasmo de la caza les hizo perseguir con encarnizamiento á un ciervo que con sus regates y su ligereza había hecho á los perros perder la pista varias veces, y á la caída de la tarde se encontraron

Ayuntamiento de Madrid

los cazadores muy alejados de su séquito y amenazados por una ríolenta tempestad.

Afortunadamente, uno de los compañeros del duque se acordó de un sendero que conducía á un pabellón aislado en el bosque, y por indicación suya y después de cortar algunos trozos de la res que habían matado, emprendieron el camino, y ya entrada la noche llegaron á la casa, la cual reconoció el duque por haber en ella descansado algunas veces durante sus cacerías.

Poco después sonaban los truenos, la lluvia caía en gruesas gotas, y mientras que en el bosque el agua y el viento hacían estragos, dentro del pabellón los cazadores reposaban sentados á la lumbre, que el guarda había encendido, y esperando la comida, que preparaba la guardesa, y en cuya comida los cuartos del ciervo habían de constituir el principal plato.

Cuando saboreaban una apetitosa y abundante tortilla con tocino, se oyeron en la puerta del pabellón repetidos golpes. Mesnard, el guarda, acudió á enterarse de lo que era, y volvió poco después, reanudando el servicio de los señores, sin decir ni una palabra que explicase la causa de aquel ruido.

—¿Quién armaba ese alboroto?—preguntó el duque.

—Un vagabundo—respondió el guarda con desprecio,—un titiritero de miserable catadura acompañado de un oso. Les he despedido en seguida.

—¿Y por qué no los has hecho entrar?—añadió el *Temerario*.

A esta pregunta, que á todos sorprendió, Mesnard se limitó á responder:

—¡Oh, señor! Cómo he de albergar yo bajo un mismo techo á ese miserable domador de osos y al noble duque de Borgoña.

—Has hecho mal en no ofrecerles abrigo á ~~él~~ y á su bestia, porque ellos sufren con la tempestad tanto como tú sufrirías. Además, nos hubieran divertido después de la comida mostrándonos sus habilidades. Corre á buscarlos, que aún deben andar cerca.

Mesnard obedeció refunfuñando, y pocos momentos después el hombre del oso entraba tímidamente en el comedor y saludaba á los convidados. Al llamarle en el camino por donde tristemente se alejaba, no dejó de decirle Mesnard que su cambio de actitud era debido á la intervención del noble duque de Borgoña, y agregó:

—Monseñor es muy bueno compadeciéndose de ti, y tú debes agradecersele.

Cuando el titiritero hubo expresado su agradecimiento al noble señor, Carlos le preguntó:

—¿Dónde está tu oso?

—Le he dejado en el patio, delante de la casa, atado á una de las anillas que hay en el muro.

—Has hecho bien; pero Mesnard le encontrará mejor albergue. ¿Entiendes—añadió el duque dirigiéndose al criado,—tienes algún rincón que ofrecerles para esta noche?

Mesnard respondió malhumorado.

—Pueden instalarse en el cobertizo donde se seca la leña y donde guardo la paja, que les puede servir de cama á los dos.

—Sea—continuó el duque, y dirigiéndose al titiritero, le preguntó—
¿Has cenado, amigo? Contesta sin miedo.

—No más que *Tresor*, mi oso.

De nuevo Carlos se dirigió á Mesnard, diciendo:

—Tu mujer y tú partiréis los restos de la comida con este hombre, y ya encontrarás en la artesa uno ó dos panes para la bestia. Cuando hayan comido les traerás aquí para que nos demuestren sus habilidades.

Continuará.





ALFONSITO EL SABIO

CONTINUACIÓN

ALFONSO. Cuéntame, cuéntame.

PERICO. Pues verás. Cada cual tomo su camino, diciendo: debe de haber entrado por aquí, debe de haber seguido por allá. Y yo me dije, digo: como al entrar se va siempre cuesta arriba, pues para tratar de volver habrá tomado cuesta abajo.

ALFONSO. ¡Es verdad!

PERICO. Pero él no sabe, decía yo, que la más cuesta abajo está por la derecha, hacia el arroyo de las pedrezuelas, y cuando más cerca crea estar, se irá más lejos.

ALFONSO. ¿Y es este sitio el más lejano?

PERICO. Eso que tú has dicho. Yo, que *conozgo* los atajos... Espera; he dicho *conozgo*, ¿está mal, verdad?

ALFONSO. Habla como quieras.

PERICO. Bueno; yo no sé cómo se dice, pero sé andar por ellos. Pues yo por los atajos he tardado más de tres horas... A ver... (*Mira al cielo.*) Eso, dos horas. Son las once...

ALFONSO. ¿Tú sabes la hora mirando al cielo?

PERICO. ¡A ver! Los que no tenemos reloj y hemos sido pastores...

ALFONSO. ¿Y cuánto tardaremos en volver?

PERICO. ¿Tienes tú muchas fuerzas?

ALFONSO. Estoy rendido.

PERICO. Y yo también.

ALFONSO. Entonces...

PERICO. Entonces tenemos que descansar siquiera un par de horas, y luego Dios dirá.

ALFONSO. ¡Y qué susto tendrán mis padres...!

PERICO. Eso debías haberlo pensado antes de meterte á farolero en lo que no entiendes. ¡Tú sabrás pesar la luna, pero andar por el bosque...!

ALFONSO. Tienes razón.

PERICO. No es que me quiera yo dar pisto ni avergonzar á nadie; pero la verdad es que tú, que tanto sabes de la luna, no has sabido volver á la casa...

ALFONSO. Sí, es cierto.

PERICO. Y es que cada cual sabe lo que sabe, y por eso no va á reírse y á burlarse del que lo ignora.

ALFONSO. Tienes razón, Pedro...

PERICO. No; por eso no me llames Pedro, ¿eh? Perico, como siempre, como me llama todo el mundo.

ALFONSO. Iba á decirte que no puedes figurarte lo que siento haberte tratado con cierto despego... y...

PERICO... Y haberte reído de mi.

ALFONSO. Lo lamento.

PERICO. Y haberme tenido siempre

- por un bruto, incapaz de aprender nada.
- ALFONSO. No lo puedo negar. Tienes mucha razón.
- PERICO. Pues yo no soy así. Yo sé que tú te volverías mico para hallar el camino si no te lo enseñara.
- ALFONSO. Así es.
- PERICO. Pero si yo no te lo enseñara sería una venganza, y yo no quiero ser vengativo.
- ALFONSO. Tú eres muy bueno.
- PERICO. Muy bueno tampoco. Con no ser malo me contento.
- ALFONSO. Yo te juro que te pagaré con creces lo que haces por mí.
- PERICO. ¿Qué pagar ni qué narices? ¿Te pidó yo algo?
- ALFONSO. Una cosa es que tú no me lo pidas y otra que yo sepa lo que debo hacer.
- PERICO. Mira; tu padre ha ofrecido una barbaridad de pesetas al que te encuentre y te lleve.
- ALFONSO. Pues á ti te corresponden.
- PERICO. Cállate la boca. En primer lugar, que yo no te he llevado todavía.
- ALFONSO. Pero me llevarás...
- PERICO. Sí y no. De eso ya hablaremos luego. Ahora vamos á lo que importa. A arreglar la alcoba.
- ALFONSO. ¿La alcoba?
- PERICO. ¿Te parece chica? Todo el bosque es nuestro cuarto. Un poco dura está la cama (*Golpeando el suelo con el pie.*); pero ya veremos de arreglarnos. En cambio, es bien ancha.
- ALFONSO. ¡Ay, Perico! ¡Tengo un hambre y una sed...!
- PERICO. Ya me lo figuré yo cuando venía por la huerta de Pacomio, y por eso se me ocurrió tomar provisiones.
- ALFONSO. ¿Has traído algo que comer?
- PERICO. ¡Ya lo creo! (*Saca de los bolsillos varias patatas.*) Aquí tienes...
- ALFONSO. ¡Patatas!
- PERICO. ¿No te gustan?
- ALFONSO. ¡Ya lo creo; pero... están crudas!
- PERICO. ¡Otra! ¿Pues cómo habían de estar en la huerta donde las he cogido? Como yo no sé cómo te gustan más, ahí las tienes para que te las apañes como más te gusten.
- ALFONSO. Yo no sé arreglar patatas.
- PERICO. ¿No dicen nada de eso tus libros?
- ALFONSO. ¡Qué han de decir!
- PERICO. Pues lo mejor es asarlas. ¿No te parece?
- ALFONSO. Sí, sí. ¿pero cómo asarlas aquí?
- PERICO. ¡Otra te pego! Pues como en todas partes, con lumbre.
- ALFONSO. ¿Y dónde está la lumbre?
- PERICO. ¿Tampoco sabes encender lumbre? ¡Bah, bah, bah! Chico, yo no sé de ciencias; pero me parece que antes de enseñaros lo que pasa en la luna deberíais aprender á vivir en la tierra. Pero en fin, ¡allá vosotros! Vamos á encender el fogón. (*Saca del bolsillo la yesca, la piedra y el eslabón y enciende.*) ¡Ajaja! Ya tenemos fuego. (*Coge un puñado de hojas secas que pone alrededor de la yesca y hace el molinete con el brazo hasta que las hojas se prenden.*) Esto marcha. Ahora un poquito de leña. (*Va cogiendo del suelo ramas secas que coloca sobre las hojas encendidas, y sopla hasta que hacen llama.*) ¡Como no tenemos ciza, hay que arreglárselas! (*Coge tierra que pulveriza con las manos y la va echando sobre las patatas que ha colocado junto á las brasas.*) Esto es para que no se nos achicharren. (*Cuando las patatas están arregladas y cubiertas de tierra, arroja sobre ellas las hojas y las ramas encendidas, añade más ramas y sopla con toda su fuerza.*)
- ALFONSO. ¡Qué divinamente!

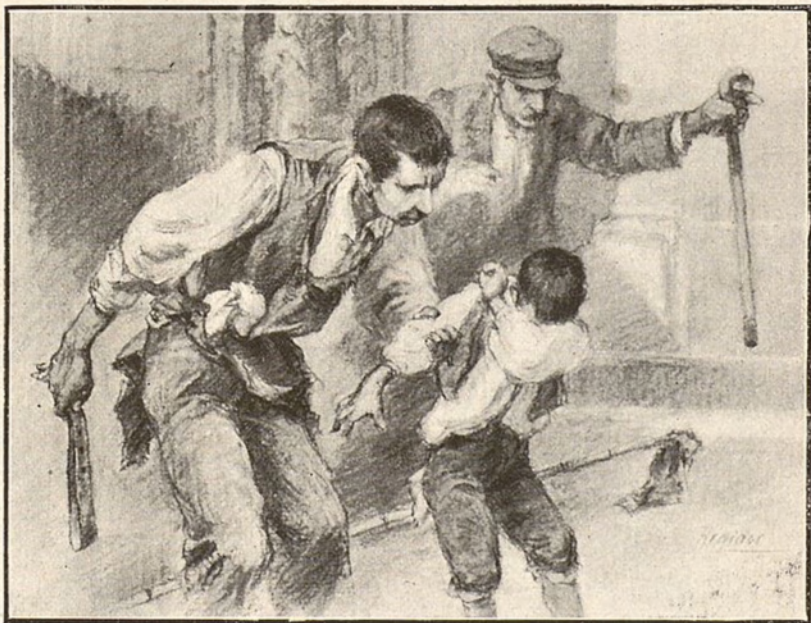
La caza del murciélago.

Es la hora del crepúsculo. El sol se hunde en el ocaso. Hay en el cielo una transparencia clara y diáfana, sobre cuyo fondo se destacan los tejados de las casas y las frondas de los murmurantes árboles con limpias y precisas líneas. En la única casa del pueblo que ante la iglesia se extiende, vense corrillos de vecinos, y adviñanse en su recatado hablar y en sus meticulosos ademanes murmuraciones á granel y chismes á montones. Las campanas tocan melancólicas el *Angelus*, y el sol, agradecido, guarda para ellas sus postrimeros besos de oro... En este instante Paquito sale de su casa y se sitúa en medio de la plaza. Lleva en la mano una alta caña, en cuya punta flamean unos colorinescos pingajos. Sus vivaces ojos interrogan al ambiente ya en ésta, ya en la otra dirección, y de pronto vésele esgrimir la caña y trazar en el aire unos signos extraños. Es un murciélago que pasa con vuelo regular y tortuoso... El rapaz sabe por sus amigos que los desventurados queirópteros, sometidos á la tortura del fuego, apa-



gan las cerillas y silabeán palabras, y aunque esto no deja de ser una mentira, la simple sospecha basta para secar en su alma la fuente de la compasión hacia dichos animalitos.

Paquito, que no deja de vigilar, ve acercarse un murciélago, alza la caña, y cuando la baja tropieza en su camino con el sombrero del médico que rueda por el suelo. El galeno le da dos magníficos cogotazos, y el muchacho, huyendo con la caña en ristre como si fuera una lanza, se va al otro lado de la plaza, no sin limpiarle la cara á una vieja que estaba durmiendo. En seguida se apresta á la lucha, y viendo venir un murciélago, vuelve á agitar los trapajos en el aire, y con tremendo ímpetu asesta á un farol tan formidable golpe, que un cristal cae al suelo hecho añicos; pero como también ha caído el desgraciado queiróptero, Paquito lo coge, y, ebrio de gozo, se va al desierto atrio de la iglesia sin cuidarse del vidrio roto. Con unos clavos que



á prevención llevaba en el bolsillo se dispone á sujetarlo á la pared. El animalito forcejea débilmente entre sus manos, y ya va á consumarse el bárbaro sacrificio cuando la Providencia, que por todos los seres vela, hace que se presenten en el *lugar del suceso* el padre del cazador y el alguacil del pueblo.

—¿Conque has roto el cristal de un farol y por tu causa voy á tener que pagar dos pesetas de multa?—dice el autor de sus días cogiéndole de una oreja.

—¡Padre! ¡Padre!—contesta el sorprendido rapaz llorando.

El murciélago se escapa de sus manos, al mismo tiempo que sobre sus posaderas cae implacable la paterna correa.

—¡Dos pesetas!—murmura el vapulador.—¡Te las he de sacar de la piel...!

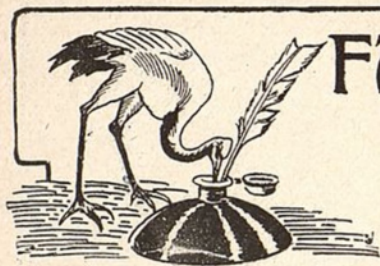


UNA HEROINA FRANCESA

Se llamaba Alejandrina Barrau y sirvió en el Ejército napoleónico, alistándose en un batallón de granaderos para seguir la suerte de su marido y de su hermano. Viéndoles caer heridos en una acción, ella quiso vengar-

los y agotó sus municiones disparando contra los contrarios. Luego desenvainó el sable y continuó el ataque, salvándose milagrosamente. Su patria la concedió una plaza en Inválidos cuando ya era vieja y viuda.

Ayuntamiento de Madrid



FABULAS ESCOGIDAS

EL GALGO Y EL PODENCO

Persiguiendo un conejo de gran traza,
al ladrador podenco dijo el galgo:
“Calla y no ladres tanto, mala raza,
que maldito sea yo si sirves de algo...
¿A qué venimos—prosiguió—de caza,
si, en saliendo, la espantas, mal hidalgo?”

*Así el ruin, que seguirlo en vano intenta,
porque otro no lo alcance, él bien ahuyenta.*

EL MUCHACHO, EL PODADOR Y EL MANZANO

A un manzano podaba un hortelano,
y un muchacho, con íntimas querellas:
“Por qué—decía á gritos,—inhumano,
del tronco á quitar vas ramas tan bellas?”
“Córtalas, podador—dijo el manzano,—
que se me quiere encaramar por ellas.”

*El tal rapaz que procuraba, arguyo,
el bien ajeno en beneficio suyo.*

LA ABEJA, EL BURRO Y LA RAMA

La abeja, de una rama de romero,
formaba su panal de mieles rico;
mas la rama encontrando en un lindero,
se la comió un borrico.
¡Pobre rama olorosa,
que el blasón iba á ser de los panales,
y ya entre las mandíbulas asnales
podrá ser, menos miel, cualquiera cosa!
¡Oh, qué bien con su ejemplo nos declama
lo inestable del destino,
cuando, al ir á ser miel la noble rama,
el pienso quedó á ser de un vil pollino!

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Ayuntamiento de Madrid



LAS BONDADES DE NINI

XLIII

Qué mal se pasa sin postre! ¡Tanto como me gusta á mí el dulce y la fruta, y las nueces, y las avellanas! Pues he estado un mes enterito sin comerlos.

Tengo que contar muchas cosas. Lo primero es que, además de ese castigo, pasaron recado á mis papás, mis abuelos y Piluca para que no viniesen á verme. Ahora ya ha pasado el mes, y me ha dicho la madre Rosario:

—Señorita Niní, se ha terminado el castigo que se la impuso por la fechoría que hizo de llenar de pinchos las camas de sus compañeras. Sus papás vendrán el primer día que haya de visita, y sus abuelitos también. Puede que su amiga Piluca dé también una escapada, porque es una niña de muy buenos sentimientos, muy cariñosa, muy bien educada...

—¡Bueno!, ¡bueno!—dije.—¡Ya salimos con la murga de Piluca! ¡Dichosa Piluca, ave María, como si no hubiera más niñas buenas que ella! ¡Qué atrocidad...! ¡Pues bastante mejor soy yo...! ¡Qué cosas se oyen...! ¡Vaya...! Que...

—Bueno, Niní—añadió la madre Rosario,—puesto que tanto te molesta que alabemos á Piluca, se lo diré para que no haga lo que dijo que iba á hacer; no te lo mereces, y para desagradecidos...

—Oiga, oiga, madre Rosario, eso sí que no está bien. ¡Vaya unas ideas! Dígame usted lo que sea.

—Pues Piluca ha venido dos veces en este mes á rogarnos que te perdonásemos, y decía: “¡Pobre Niní! ¡Si ella es muy buena y muy mona! ¡Pero algún diablejo travieso no le deja en paz! ¡Pobrecita mía! ¡Tan chiquitita y un mes sin postre...! Perdonenla, madres, que no volverá á hacer nunca travessuras.”

Ayuntamiento de Madrid

—¿Dijo todo eso Piluca? ¡Qué gracia!

—Y además—prosiguió la madre Rosario—nos dijo que el primer día que pudiese venir te traería muchos postres, muchos dulces y muchas cosas.

—¡Huy qué rica es Piluca!

—¡Y más aún, Nini, más aún! Nos trajo de regalo una pantalla muy preciosísima, hecha por ella, para la lámpara de nuestra sala de visitas.

—¿Y la han tomado ustedes y no me han perdonado?

—¡Pero niña! ¡Pues no que no! ¡Como que la íbamos á despreciar! Pero el castigo no podía levantarse, fué atroz la travesura; acuérdate cómo lloraban las niñas y cómo echaban sangre.

—¡Porque son muy quejicas! ¡Si fué una broma!

—¡Caramba, hija, pues no gastes bromas así!

—¿Y es bonita la pantalla?

—¡Lindísima! Figura un montón de pétalos de rosa, y en la parte de arriba tiene rosas enteras.

—¿Y todo lo ha hecho Piluca?

—Todo; ¡si es un primor de niña!

—Yo también soy otro primor, madre Rosario.

—¿Tú? Sí; un primor de atrocidades.

—¿Y cree usted que yo no soy capaz de hacer también cosas bonitas como Piluca? ¡A que sí!

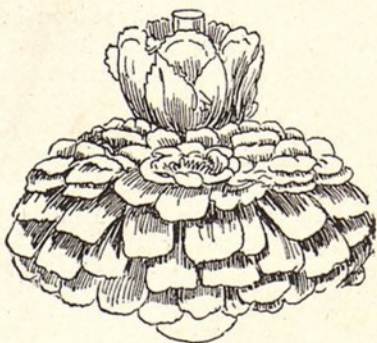
—¡Qué sé yo, qué sé yo, Nini! Si se tratase de subirse á los árboles ó de pensar algo para hacer rabiar á los demás, puede que sí.

—¡Y de hacer labores también! ¡Vaya! ¿No he aprendido á escribir y á leer y á hacer ropa para mis muñecas? ¿Y no sé también hablar en francés? ¡Pues también puedo hacer todo lo demás! ¡No va á ser Piluca sola!

—Habría que ver eso!—dijo la madre Rosario mientras se marchaba.

—¡Pues se verá, madre Rosario, se verá!—la dije yo gritando.

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.



Ayuntamiento de Madrid

GARCILASO DE LA VEGA

Una de las familias más ilustres con que se honraba Toledo en el siglo XVI era la de Laso de la Vega. Blasón de este linaje fué Garcilaso, embajador de los Reyes Católicos cerca del Papa Alejandro VI, padre del príncipe de los poetas castellanos. Nació éste en la imperial ciudad en 1503, donde desde los nueve años recibió una esmeradísima educación que dirigía con extraordinario celo su noble madre, doña Sancha de Guzmán, á la sazón ya viuda. El aprovechamiento del célebre poeta fué tanto, que años después hablaba el griego más culto y ático, el latín, el toscano y el francés.

Empieza su carrera militar al lado del Emperador Carlos V, á quien en 1520 acompañó á las cortes de Santiago, y en cuyo viaje se captó la amistad de los más elevados personajes, formando relaciones, que no se interrumpieron nunca, con Juan Boscan, con quien estudiaba á Virgilio y Horacio, Dante y Petrarca, y con Francisco de Borja.

Rota la paz interior de España, y aunque su hermano era jefe de los comuneros de Toledo, peleó contra ellos en las filas del Rey, saliendo herido en la jornada de Olías. En 1523, cuando los franceses, á pretexto de apoyar las pretensiones de Juan Albrit á la corona de Navarra, penetraron por Castilla, se distinguió en la guerra, especialmente en Fuenterrabía, por lo que Carlos V le hizo gentilhombre de la casa de Flandes. Pasó á Italia en 1529, tres años después de haber casado con doña Elena de Zúñiga, sirviendo al Emperador que iba á recibir de manos del Papa las coronas de sus Estados en el ejército que á las órdenes del príncipe de Orange batía á los florentines, quienes lejos de consentir en el establecimiento de los Médicis, como se había acordado, defendían su independencia. Concluída esta campaña en 1530, dispuso la Emperatriz Isabel que Garcilaso pasase á la corte



de París en calidad de embajador, junto á su hermana Leonor, casada en Julio con Francisco I, atendiendo á que su mujer había sido su dama y á los talentos personales del nombrado. Un varón tan culto pronto aprovechó para aumentar su gloria los beneficios del ambiente en que vivía, no sólo alcanzando fama de habilidoso en su cargo, sino la mayor de poeta insigne.

Al renovarse la lucha entre Carlos V y los turcos, Garcilaso con el duque de Alba tomó parte en la campaña de Viena. Entre el Rey y el poeta hubo sus contrariedades, hasta ser el último desterrado á la isla de Schot, en el Danubio..

La intervención tenaz del duque de Alba concedió la libertad á Garcilaso, y poco después la ocasión de que visitara Roma, y de que en Nápoles conociera al docto Julio César Caraciolo, y la de que contemplara el cielo que adosó al gran Virgilio y la tierra que con sus encantos le inspiró sus inmortales creaciones, Garcilaso, rodeado de tanta grandeza, dejó correr su pluma, escribiendo los sonetos en que declara el amor que tenía á la que él llamó Sirena del mar napolitano. Mas hombre de tanto mérito no era para dejarlo con sus aficiones, por lo cual el virrey de Nápoles, deseoso de poner á Garcilaso en presencia del Emperador y de que volviera á la antigua gracia en que estaba, lo mandó á Barcelona para que rindiera cuentas de su parte de cómo gobernaba y las sometiera á la real aprobación.

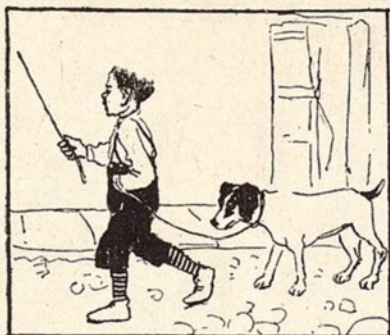
Calmado ya algún tanto el enojo del Emperador con Garcilaso, le permitió servir en la jornada de Túnez en 1535 contra Barbarroja, famoso corsario turco, á la que acudió con las tropas que llevó de Italia el marqués del Gasto, su amigo, y en la que luchando heroicamente salvó de riesgo de muerte á los caballeros que habían ido en auxilio del esforzado Pedro Suárez.

Tras esta guerra vino la del Piamonte de 1536, y en ella, á las órdenes de Carlos V, mandando 3.000 españoles como maestre de campo, prestó tan excelentes servicios, que por entero se conquistó las simpatías del Rey. Cuando el Ejército imperial inició la retirada, llevando al frente á S. M., los villanos de Muey Frefus hostilizaron desde una torre pertinazmente al Ejército. Ante esta agresión el Emperador mandó batirlos y castigarlos, y como Garcilaso se creyera en el deber de hacerlo, sin coraza ni casco, con espada y rodela en mano arremetió hacia el muro, subiendo osadamente por una escala, desde la que estando ya en el último peldaño rodó al foso, arrojado por una enorme piedra que desde lo alto le tiraron y que alcanzándole en la rodela con que se cubría, le hirió en la cabeza. Ante su caída, el Ejército entero se abalanzó á vengarle. Recogido y trasladado á Niza, donde fué atendido por los médicos de cámara, murió á consecuencia de su temeridad el 14 de Octubre de 1536.

De su mérito como poeta, que resalta en las églogas y en la canción de la Fior de Guido, sólo hay que decir que estaba adornado de una imaginación viva y delicada, de una nobleza de pensar grande, de una feliz flexibilidad de talento y de una facilidad de elocución admirable,

ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA

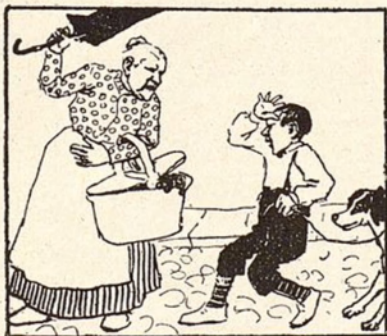
LAS CEREZAS



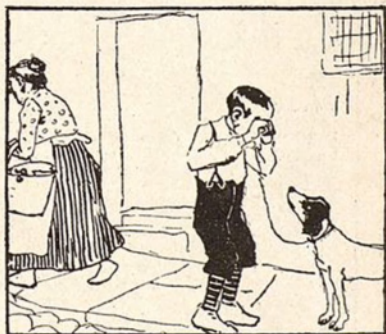
Salió Albertito á dar una vuelta por la calle con su perro y con su vara.



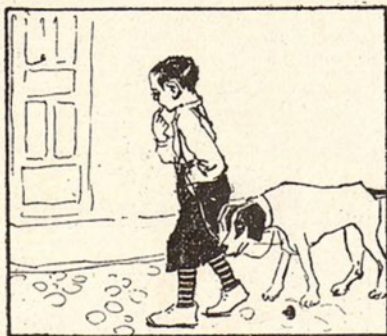
Cuando vió que á una señora se la salían las cerezas de la cesta y la pidió tres ó cuatro.



La señora se enfadó mucho con la petición y quiso darle tres ó cuatro paraguazos.



Albertito se quedó llorando al ver que de nada le servía su delicadeza.



Y entonces pensó en un medio menos delicado para satisfacer su capricho.



Entre tanto, la señora se encontró á una amiga, deteniéndose á hablar con ella.



Luego llegaron otras dos. Y Albertito pensó: "¡ésta es la mía!" Y puso en práctica su idea.



Atando al asa de la cesta la cuerda del perro y azuzándole con entusiasmo.



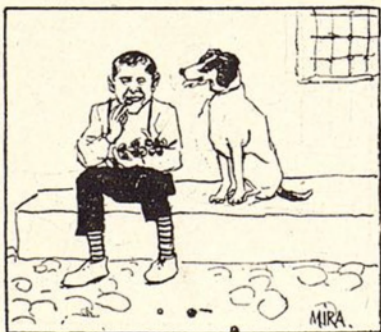
El perro empezó a correr, como era natural, sembrando el suelo de cerezas.



Las mujeres salieron en su persecución para castigarle, abandonando el fruto.



Y Albertito se dedicó entonces á la dulce y sabrosa tarea de la recogida.



Dándose un atracón bajo la mirada protectora del perro que le procuró el logro de su capricho.